

## Reflexividad y crítica académica en el campo comunicacional

---

RAÚL FUENTES NAVARRO<sup>28</sup>

Agradezco mucho la invitación a participar en este panel y celebro compartir la ocasión con los queridos amigos y respetadísimos colegas Carmen de la Peza, Raúl Trejo y Delia Covi, además de coordinadora del panel Presidenta de ALAIC. Durante varias décadas nuestras trayectorias se han cruzado, siempre en un sentido de convergencia académica, desde posturas y enfoques diferentes pero nunca opuestos, en la intrincada historia de la construcción del campo de estudios de la comunicación en México.

Según enuncia el tema de este congreso, en referencia a las reflexiones críticas desde América Latina, procuraré proponer una perspectiva orientada a ubicar, en coordenadas especial aunque no exclusivamente mexicanas, la pregunta por el sentido de la expresión Sociedad del Conocimiento, y estimular alguna discusión productiva acerca del estado actual de ese proceso de institucionalización inacabada de nuestro campo en este país y su entorno regional.

Tengo que advertir, para empezar, que no hablaré de la comunicación sino del estudio académico de la comunicación y no de la sociedad del conocimiento sino, en todo caso, de la utilidad de una expresión como esa para el conocimiento de la sociedad en la que vivimos y actuamos, sujetos a determinaciones estructurales y contextuales y con márgenes variables de libertad para ajustarnos a nuestros entornos inmediatos, donde la interacción con otros es inescapable.

Es decir, hablaré aunque sea brevemente de las condiciones de desarrollo de la reflexividad académica, del fundamento esencial de la crítica, de la responsabilidad social de instituciones como la universidad, la investigación científica, la política pública, y sus agentes especializados, en nuestro caso, en la comunicación. Y necesariamente, aunque sea de manera tangencial, de un entorno social en el que las estructuras locales, nacionales y globales en lo que incumbe a nuestro territorio y población, se han deteriorado incontenible e incomprensiblemente, de manera que Sociedad del conocimiento, más que como una aspiración o un proyecto en proceso de realización, corre el riesgo

---

<sup>28</sup> Profesor Emérito del Instituto Tecnológico de Estudios Superiores de Occidente (ITESO), Departamento de Estudios Socioculturales, Guadalajara, México. Investigador Nacional Nivel 3, Sistema Nacional de Investigadores, CONACYT.

de interpretarse más bien como una especie de sarcasmo en la sociedad de la violencia, el desconocimiento y la corrupción.

En la primera mitad de los setenta en México, cuando a partir de los programas de formación profesional se comenzaron a formular en unas cuantas universidades iniciativas de investigación y de estudios de posgrado en comunicación, se hizo evidente que en el futuro, más próximo o más lejano, los sistemas y sobre todo las prácticas de comunicación tendrían importancia estratégica para lo que en aquel tiempo se reconocía como el desarrollo y, ante las condiciones de dependencia y desigualdad crecientes, como proyectos de transformación social.

Sujeta en un principio al maniqueísmo imperante en la época, cuando a la polarización este-oeste se agregó cada vez con mayor fuerza la polarización norte-sur, la relación entre comunicación y sociedad adquirió referentes cada vez más intensos, urgentes y radicales, como la oposición cerrada y eventualmente dialéctica entre el uso represivo y el uso emancipador de los medios, formulados sin grados intermedios, por ejemplo por Hans Magnus Enzensberger en *Elementos para una teoría de los medios de comunicación* (1972, p.43).

Entre otras consecuencias generales, además de certezas ideológicas, este maniqueísmo generaba matices conceptuales cada vez menos precisos, a pesar de que, por ejemplo, la introducción a *Apocalípticos e integrados ante la cultura de masas*, de Umberto Eco (1968), publicado originalmente en 1965 y en español en 1968, un libro más reconocido por su título que por su método o su contenido, comienza por calificar como “profundamente injusto encasillar las actitudes humanas ... en dos conceptos genéricos y polémicos como son ‘apocalíptico’ e ‘integrado’” (p.11), “conceptos fetiche” tan criticables como “cultura de masas”, según el propio Eco, que remataba esta otra influyente obra con una brillante reflexión sobre el “*cogito interruptus*”, operación típica de “aquellos que ven el mundo lleno de signos” o de “presagios, signos ciertos de algo que no está en ninguna parte, pero que tarde o temprano *sucederá*” (p.384), y que por lo tanto no es necesario nombrar integralmente. La historia de la idea de la comunicación parece estar llena de estas operaciones de intrusión ideológica y pragmática en la teoría, tanto en la versión francófona de Mattelart (1995), como en la anglosajona de Peters (1999).

Parecen quedar pocos rastros vigentes del pensamiento maniqueo en el campo académico de la comunicación, pero no por ello se ha avanzado en precisión o en sistematicidad conceptual, en la consolidación de procedimientos científicos rigurosos, o en reflexividad académica, entendida como condición imprescindible de la crítica y de la ética. Si bien se ha desarrollado en el país un conjunto apreciable de investigadores académicos calificados y varios programas de posgrado de calidad acreditada en los últimos veinte años, el cono-

cimiento social sobre la comunicación es precario y desarticulado. Prevalece la triple marginalidad que lo caracteriza desde hace varias décadas. La influencia de los sistemas y las prácticas de comunicación estudiadas es mucho mayor sobre la academia que la de ésta sobre aquellas: si el estudio de la comunicación puede definirse como la producción social de sentido sobre la producción social de sentido, el sentido lego y cotidiano sobre la comunicación determina de maneras cada vez más profundas y extendidas el sentido crítico y académico.

Para regresar a la sugerente fórmula de Eco, el estudio académico de la comunicación opera cada vez más bajo el esquema conversacional del *cogito interruptus*. El empleo recurrente y predominantemente retórico de etiquetas como cultura de masas, nuevas tecnologías, sociedad de la información o del conocimiento, ciberespacio o sociedad-red, no solo indica pobreza conceptual al importar metáforas de otros campos, no necesariamente científicos, sino también un proceso de elusión del empleo crítico y preciso del lenguaje como medio de conocimiento y comunicación. En ese sentido no parece haber cambiado demasiado la situación descrita en uno de los primeros ensayos sobre comunicación publicados en México, un breve libro titulado *Información y Sociedad*, en el que Hugo Gutiérrez Vega observaba en 1974 que “la investigación sobre los efectos sociales de los medios masivos se encuentra [...] en una etapa inicial y, hasta la fecha, apenas ha logrado esbozar sus planes de estudio con base a las peculiares y muy confusas formas de funcionamiento de los medios” (p.101). Mucho más recientemente, yo mismo he señalado el problema del inmediateismo superficial, definido como

patrón de conducta o criterio de valoración de la comunicación contemporánea, como incapacidad y desinterés por la historización y la contextualización de los acontecimientos, que se vuelven así indistintamente efímeros, y que proviene de un cierto tipo de periodismo mercantil, de una cierta política demagógica y de una educación burocratizada (Fuentes, 2013, p.7).

No han faltado ni tiempo ni instituciones. En 1974 se comenzaron a reunir los directores de las escuelas universitarias en que operaban programas de formación profesional en comunicación, y de estas reuniones surgió dos años después el Consejo Nacional para la Enseñanza y la Investigación de las Ciencias de la Comunicación (CONEICC). Y antes del fin de la década de los setenta, en sintonía con los procesos político-académicos que confluyeron en la llamada “Escuela Crítica Latinoamericana de Pensamiento Comunicacional” y en propuestas de alcance global como el Nuevo Orden Mundial de la Información y la Comunicación, se constituyó también la Asociación Mexicana de Investigadores de la Comunicación (AMIC). Estas dos organizaciones, y sus correspondientes en América Latina, han sido cruciales desde hace cuatro

décadas para la formación del campo académico de la comunicación en escalas nacional e internacional, tal como lo reconocemos hoy.

En un contexto global en que se impusieron cambios que Mattelart ha descrito con sus acostumbradas acuciosidad y vehemencia en la *Historia de la Sociedad de la Información* (2002), las preocupaciones asociadas a los factores tecnológicos y las consecuencias de las transformaciones en sus plataformas para la comunicación y la cultura, la economía y la política, fueron uno de los ejes temáticos primordiales para fortalecer los incipientes vínculos entre instituciones académicas y organizaciones sociales, a principios de los años ochenta. En México en 1984 (Guadalajara) y en América Latina en 1986 (Bogotá), CONEICC y Federación Latinoamericana de Facultades de Comunicación Social (FELAFACS), respectivamente, convocaron a varios cientos de profesores y estudiantes de comunicación a discutir sobre las nuevas tecnologías y sus impactos sociales. En ambos encuentros se incluyeron exposiciones y debates desde varios ángulos, entre ellos por supuesto la investigación, la enseñanza y el ejercicio profesional de la comunicación. Al preparar mi participación en estos encuentros, encontré una cita de *El poder informático* de Herbert Schiller (1983) que, más de treinta años después, sigue orientando muchas de mis posturas y prácticas académicas:

Cuanto más dure la creencia de que estamos disfrutando de un sistema de información bondadoso y benigno, que nos ofrece generosamente una mejor comprensión de la realidad social; mientras sigamos separados por cierto velo de “responsabilidad social” y neutralidad tecnológica de la estructura del poder de la propiedad y del control político que domina en todos los demás sectores del sistema, mayor será el peligro en que nos hallemos (Schiller, 1983, p.16).

No se trata de decir, por supuesto, que los referentes factuales, estructurales o interpretativos de principios de los ochenta sean idénticos a los del presente, ni que baste el recurso al *cogito interruptus* para articular un discurso consistente y útil. Hace treinta años, sobra decirlo, no había irrumpido Internet en los espacios públicos ni se hablaba de globalización o de convergencia; faltaba casi una década para que cayera el Muro de Berlín y apenas se incubaban las condiciones en que florecerían más tarde las industrias telemáticas y se concentraría el sector de la información masiva, fundido con el de la informática y las industrias culturales, editoriales y creativas, en una proporción difícilmente prevista por el Informe MacBride de 1980. Hoy, ese velo de ‘responsabilidad social’ (entre comillas) y neutralidad tecnológica (sin comillas) que oculta al poder económico y político en la advertencia de Schiller, parece haberse densificado, pues sin duda “la creencia de que estamos disfrutando de un sistema de información bondadoso y benigno, que nos ofrece generosamente una mejor comprensión de la realidad social” (p. 16), o de que estamos

muy cerca de disfrutarlo conectados universal y democráticamente, ha incrementado exponencialmente el peligro que puede muy bien detectarse también en los procesos socioeducativos y en los sistemas de comunicación académica.

No pensamos hoy, como hace treinta años, en términos maniqueos, aunque sí a veces, irremediablemente, apocalípticos. Para el pensamiento crítico, ciertamente, hay problemas nuevos añadidos a los viejos, que desafían nuestra capacidad interpretativa, y que parecen ser muy relevantes, como el desarrollo extenso de las tecnologías de vigilancia o la aparente eficacia de la manipulación política y policiaca, pero también criminal si es que persiste una diferencia, de ciertos usos de los muy descentralizados y presuntamente liberadores sitios de “redes sociales”, o de sistemas de gestión de referencias, que no ciertamente de conocimiento, de fácil y ubicuo acceso como Google y Wikipedia, que estructuralmente, más allá de la tecnología, comparten algunas determinaciones prácticas que conviene problematizar en la educación superior.

Hace ya más de diez años que la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO) y otras agencias de las Naciones Unidas como la Unión Internacional de Telecomunicaciones, UIT, han tratado de dar forma, tanto discursiva como práctica sin mayor éxito en ninguno de los dos planos, a las complejas reconfiguraciones de factores estructurales que presuntamente conducen a la Sociedad de la Información o a la Sociedad del Conocimiento, estimulando un debate que es por supuesto más conceptual que terminológico sobre todo en su oposición al pensamiento único, y es estratégico en sus diversas escalas, incluyendo aquellas en las que actuamos como académicos de campos cuyos objetos tienen un lugar central en juego: la comunicación, la información, el conocimiento, la educación, la cultura, las identidades sociales. Pero también sería parte de nuestra responsabilidad universitaria profundizar y actualizar esos debates desde una relación más cercana e inherente a las prácticas académicas, sus estructuras organizativas y sus condiciones culturales, y no solo a sus manifestaciones discursivas y sus propósitos abstractos. A pesar de las tendencias, nuevas y ancestrales, de suprimir o acortar los debates intelectuales y sustituirlos por otros mecanismos de negociación quizá más rentables, es indispensable interrogar colectivamente el sentido de los cambios y permanencias asociados a lo que en otras latitudes se ha dado en llamar mediatización, pues según el colega danés Stig Hjarvard (2012), esta “...implica cambios no solo en el grado en que los medios influyen en las actividades sociales y culturales, sino también en la manera misma en que conceptualizamos la relación medios-sociedad” (p. 30) y por lo tanto en las formas en que organizamos institucionalmente los estudios de comunicación, pues “se han desarrollado muchos subcampos en respuesta a la emergencia de tecnologías mediáticas particulares, predominantemente in-

volucrados en la investigación aplicada” (p. 31) y la articulación acrítica entre fragmentación, instrumentalización e interdisciplina es una amenaza creciente para la estructura de la ecología científica-académica universitaria en la que interactuamos cotidianamente, ese campo académico cuya institucionalización no acaba de madurar.

Y si esa preocupación genera reflexión y propuestas prácticas en países ejemplares en muchos sentidos, como en sus índices de desarrollo humano, no tiene por qué ser ignorada en esta región del mundo. Finalmente, se trata quizá de lo que el año pasado escuché exponer a Derrick de Kerckhove en São Paulo bajo el sugerente título de “Ética de la transparencia en la era del Big Data”, que para él se sustenta en tres pilares: la protección de la privacidad mediante normas de comportamiento; el empoderamiento de las personas, para que puedan actuar como sujetos autónomos a lo largo del tiempo; y la educación, que “debe ofrecer el entorno de información y las competencias para comprender y utilizar de forma inteligente las herramientas de socialización e intercambio, y las reglas sociales que emergen de las nuevas tecnologías” (De Kerckhove, 2015, p.11). Me parece un buen desafío y un buen proyecto para nuestro trabajo sobre el presente y el futuro. Muchas gracias por su atención.

## **Bibliografía**

- De Kerckhove, Derrick (2015). Ética de transparência na era do Big Data (Conferencia Magistral). En *XIV Congresso Internacional IBERCOM 2015*. São Paulo, SP, Brasil.
- Eco, Umberto (1968). *Apocalípticos e Integrados ante la Cultura de Masas*. Barcelona: Lumen.
- Enzensberger, Hans Magnus (1972). *Elementos para una teoría de los medios de comunicación*. Barcelona: Cuadernos Anagrama (No. 35).
- Fuentes Navarro, Raúl (2013). La persistencia del sentido socioacadémico de desafiar realidades y comunicar propuestas (Conferencia magistral). En *XVI Encuentro Nacional CONEICC, “Nuevas realidades: desafíos y propuestas desde la comunicación”*. Monterrey, N.L.: FCC UANL.
- Gutiérrez Vega, Hugo (1974): *Información y Sociedad*. México: Fondo de Cultura Económica (Archivo del Fondo No 13).
- Hjarvard, Stig (2012): Doing the Right Thing. Media and Communication Studies in a Mediatized World. *Nordicom Review*, Supplement, 33(1). Pp.27-34.
- Mattelart, Armand (1995): *La invención de la comunicación*. México: Siglo XXI.

- Mattelart, Armand (2002): *Historia de la sociedad de la información*. Barcelona: Paidós.
- Peters, John Durham (1999): *Speaking into the Air: A History of the Idea of Communication*. Chicago & London: The University of Chicago Press.
- Schiller, Herbert I. (1983): *El Poder Informático. Imperios tecnológicos y relaciones de dependencia*. México: Gustavo Gili (Mass Media).